

LAS GALAS Y LOS GALOS
EN LA
PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

CONFERENCIA DADA EN MARSELLA,
EN LA IGLESIA DE "NUESTRA SEÑORA DEL MONTE,"
EL VIERNES SANTO, 31 DE MARZO DE 1893.

SEÑORES:

Los primeros cristianos referían en sus piadosas leyendas que, inmediatamente después de la Pasión, los ángeles descendieron para recoger todos los átomos dispersos, del cuerpo del Divino Salvador, sobre la vía dolorosa: gotas de sangre, cabellos, partículas de toda clase, á fin de restituirlo todo á la Santa Humanidad, al momento de la Resurrección.

En este día, aniversario de recuerdos y de lágrimas sagradas, sea permitido á nuestra fe y á nuestro amor contristado, imitar á esos ángeles y recoger de entre los vestigios de la Santa Pasión algunos recuerdos (los recuerdos son también reliquias), que deben ser particularmente queridos á la Nación francesa.

Me refiero, Señores, á tres ó cuatro episodios importantes de la gran Trajedia del Calvario, cuyas heroínas y héroes eran, casi seguramente, de nuestra buena y antigua raza gala.

Cierto que no escucharéis sin cierta admiración, la enunciación de semejante tésis, y no obstante, ¿qué puede haber de extraño en que Jesús hubiese atraído á presenciar su cruento sacrificio y su solemne muerte, á aquellos que deberían más tarde, ser los más generosos herederos de su fé, los más ardientes campeones de su divinidad?

Vamos á los hechos:

Según algunas tradiciones piadosas, que, al pronto, puedan pareceros merecer, tan solo merecer, un crédito relativo, la raza de los galos estuvo representada en la Pasión, por Claudia Prócula, mujer de Pilatos, que intervino la única en favor del Divino Maestro, durante la escena tan agitada del juicio; por Berónica¹ la valerosa matrona que limpió el rostro del Divino Salvador, á su paso por la vía dolorosa; en fin, por los soldados que azotaron á Jesucristo, se burlaron de su realeza y crucificaron su cuerpo; pero que lo refrescaron en su agonía, dándole á beber en la Cruz y fueron los primeros en proclamar su divinidad, luego que hubo exhalado el último suspiro.

La osadía y la importancia de semejantes aseveraciones no pueden pasar desapercibidas para vosotros; ya véis que, desde el Calvario, si las tradiciones con-

¹ Escribiremos *Berónica* ó Berenice y no *Verónica*, en lo de adelante. Los historiadores antiguos escriben *Berónica* en griego. En nuestro humilde juicio, las sabias disertaciones sostenidas sobre la escritura ó letras de ese nombre, (véase la "*Revista arqueológica*" año VII^o) pudieron haber tomado una vía errada. Si, como todo lo que vamos á decir lo hace suponer, Berónica fué originaria de Aquitania, nada hay de extraño en que ella hubiese desfigurado su nombre por el hecho de un defecto de pronunciación, que es hoy todavía muy comun en ciertas regiones de la Gascuña, y que consiste en pronunciar la *B* como si fuera *V*.

Se ve, pues, que ese nombre no tendrá la etimología fantástica y extraña que le atribuye más de un arqueólogo.

cuerdan con la historia, nuestra raza habrá afirmado sus tendencias, entrado en posesión de su gloria y futuro destino, al mismo tiempo que tomaba en el crimen cometido una parte ¡ay! demasiado conforme con las lijerezas de su carácter y los extravíos de su temperamento.

Permitidme, Señores, intentar demostraros esta noche, la exactitud, ó por lo menos, la muy grande probabilidad histórica de las leyendas relativas á Claudia Prócula, á Berónica y á los soldados que ejecutaron al Salvador del mundo. Luego que hayámos establecido,—en cuanto esto es posible—la cuasi certidumbre de esos datos, no nos será difícil comprender su admirable y profunda armonía con el carácter y la vocación de la raza de los galos.

I.

Cierto y absolutamente histórico es, que la raza de los galos formaba un elemento de primera importancia en la sociedad de Jerusalém, en la época en que murió Nuestro Divino Salvador.

Tres causas principales habían atraído esa invasión de los hijos del extremo Occidente y la mantenían permanente.

Estas tres causas eran: la proximidad de los galos del Asia Menor, y la indisputable superioridad que sobre los griegos y los asiáticos les daban su honradez, su denuedo, y aún su inteligencia; el reciente paso de Germánico, amigo por excelencia de los galos, que organizó, hácia el año 18 ó 19, la dominación romana

de Judea; y en fin, las afinidades muy reales y bien caracterizadas, de la administración y de la familia de Tiberio y de Poncio Pilatos con el país de las Galias.

Digamos, Señores, unas cuantas palabras de cada una de esas causas de la infiltración del elemento galo en Jerusalém.

Los galos del Asia Menor,—los gálatas—eran galos absolutamente puros, bajo el punto de vista de la raza. Aunque estuviesen establecidos hacia ya cerca de doscientos cincuenta años bajo el cielo del Asia, nada habrían perdido de su fisonomía, de su idioma ni de sus costumbres.

Si hubieseis encontrado entonces á alguno de esos hombres hermosos, de grandes cabelleras rubias, ojos azules, fisonomía irónica y altiva, no hubieseis vacilado un solo instante en reconocer en ellos, á los valerosos compatriotas de Breno y de Vercingetorix. Fué tal, por otra parte, la energía de la resistencia que esa raza opuso á todas las influencias del despreciado asiático, que más de trescientos años después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, San Jerónimo reconocía que el lenguaje era siempre el mismo de la raza. ¹ Aún hoy, ² los armenios no se equivocan sobre el origen del tipo alto, rubio, blanco de color, que á menudo se encuentra en esos países; y llaman á los que presentan esos rasgos y esa fisonomía particular: «*los franceses de antaño.*»

Estos "*franceses de antaño,*" inteligentes y letrados

¹ In epist. ad Galat. I, II, Prefac. ² Eliseo Reclus., *Asia Anterior.*

como los griegos, valientes como franceses y de reconocida probidad, eran muy estimados por los principillos de la Siria y de la Judea, y por otra parte, se imponían á la inferioridad moral de los asiáticos. En tanto, que los romanos, no eran sino administradores, en tanto que los oficios de cocinero y peluquero, así como todos los que eran oficios viles ó demasiado serviles, estaban reservados á los griegos, los galos del Asia Menor, eran llamados para ser secretarios, intendentes, profesores, y aún para servir como guardias de corps, á causa de su lealtad, de su penetración y de su valor. El historiador Josefo ¹ nos muestra en los funerales de Herodes, á las tropas de ese pequeño soberano, divididas en tres cuerpos: los Scitas, los Germanos y los Galos. Ahora veremos cómo el Centurión Longino responderá al gobernador de Capadocia, Octavio, que era de Isauria, es decir, de un país poblado entonces por los galos del Asia Menor.

Ya os indiqué, Señores, cómo otra de las causas del crecimiento de la sociedad de los galos en Jerusalém, fué el paso de Germánico. Basta con haber leído las admirables páginas que Tácito consagra en sus Anales á ese grande hombre, para darse cuenta de los lazos profundos é indestructibles que su larga permanencia y sus gloriosas campañas contra los germanos del Rhin le hicieron contraer con la nación de los galos. Había pasado con los soldados de esa raza, inolvidables jornadas, ² sus legiones, compuestas en gran parte, por nuestros antepasados, habían querido á la muerte de

¹ Antiq. judáicas XVII, X, 3.

² V, Anales I. 42, 43, 44

Augusto proclamarlo emperador. Y cuando Tiberio, lo envió al Oriente y á Judea á desempeñar una misión que debía serle fatal, no es de dudarse que llevase en su seguimiento una colonia considerable de galos. Por lo demás, cuatro ó cinco años después de su muerte, encontramos en Judea,¹ cuatro legiones cuyo efectivo se componía de galos en casi su totalidad: la VI.^a *ferrata*, la X.^a *fretensis* [que había sido tan querida de César], la XII.^a *fulminata*² y la III.^a *gallica* cuyo nombre es decisivo en la cuestión que nos ocupa.³

Sin trabajo se figura uno que centro de atracción debía formar, bajo el punto de vista de colonización gala, un ejército tan importante en Siria.

En fin, Señores, tengo prisa en terminar la exposición de estas generalidades á las cuales prestais la paciente atención que os honra; y entro en la tercera causa de aquella preponderancia del elemento de los galos en Jerusalém: y es la administración misma romana.

La *gens Claudia*, que tenía entonces en la persona de Tiberio, las riendas del imperio, era también *gala*, ó si lo preferís, tan atada como era posible á las Galias' por toda suerte de ligas incluso las del nacimiento y la sangre. Y si en lugar de encontrarnos en la segunda ciudad de Francia, que llamamos Marsella, estuviésemos en la segunda ciudad de Francia que llamamos Lyon, sería imposible escudriñar el pasado sin

¹ Tácit., *Amor* IV 5. "Cuatro legiones mantenían en respeto la vasta región que se extiende de la Siria al Eufrates."

² Y no: *fulminatrix*, como lo han creído algunos.

³ Véase el admirable trabajo de Marquardt.—Collec. Mommsen, t. XI p. 163.

encontrar por todas partes las huellas de esa familia, Claudia, de la que la ciudad de Lyon era la patria por adopción, en espera de que se volviese la patria propia, por el nacimiento del mismo emperador Claudio. Creo inútil insistir en este hecho histórico de los más elementales. De aquí resultaba evidentemente, de parte del Emperador que había residido, por otra parte, bastante tiempo, en las Galias, su afecto por ese país, cierto conocimiento de sus habitantes, y confianza en ellos, que debían señalárseles más que cualesquiera otros á su atención y procurarles más de un buen empleo, más de una misión importante. Una administración interesante y delicada como la de la Judea, país al que, las causas que ya hemos indicado, habían llevado una colonia gala tan considerable, era el país que parecía designado más claramente á las ambiciones galo-romanas y el más apropiado para inspirar á Tiberio la idea de enviar ahí como dignatarios á sus amigos del otro lado de los Alpes.

No os diré, Señores, que Poncio Pilatos, italiano de raza, fuese de nacimiento galo. Tengo necesidad de conservar mi crédito ante vosotros y no comprometerlo por aserciones poco ó mal fundadas. Báste, pues, haceros observar, que la *gens Pontia*, tenía en esa época, representantes en las Galias, y que el *prefijo* «*atus*,» que termina el nombre del Pontius de que se trata, era frecuente en nuestro país. Ciertamente es, que Pilatos tenía una dilatada parentela en las Galias,¹ muy posible es que aquí viniese á morir; es

¹ Los muscos de Narbona, la Viena, Génova, Arlés y Nimes, poseen ánforas, vasos de barro y otros objetos marcados con el nombre de la *Gens*

también muy probable, como lo vais á ver, que aquí se casara.

La digna y generosa mujer, que fué la única que intervino en favor del Divino acusado, Claudia Prócula,¹ era, en efecto, Señores, y según todas las probabilidades, una hija de las Galias.

La leyenda que la hace nacer en la Galia-Narbonense, está demasiado conforme con los datos históricos los más ciertos, para que haya dificultades en admitirla.²

Su nombre de *Claudia* indica ciertamente que pertenecía á la familia del emperador, del que, os lo repito, las afinidades con las Galias eran tan estrechas y numerosas cuanto es posible.

No podía llamarse «*Claudia*» sino en tanto que fuese parienta, cliente ó liberta de la familia imperial.³

Pontia. La parte más importante de esas inscripciones están en Narbona, cuyo detalle hay que observar: C. I. L. 4534, 5683, 334.

¹ II. Nicef., Hist. I, 30, la llama *Procla* (griego); los apócrifos *Evan Nieve* Claudia Prócula ó Procula. Cf. Luciano Dexter. *Cronic.* An 34 núm. 2, y Menol. graec. Se cree que á ella se refiere la II epist. de S. Pablo á Timoteo: *Salutant te Eubulus et Pusens, et Linens, et Claudia.*"

² Existe una carta muy antigua y muy interesante, bien que Apócrifa, que parece fijar la tradición sobre ese punto. Está dirigida por Claudia Prócula misma á Fulvia Hersilia:

"No te hablaré, dice Claudia, á su amiga, de mis primeros años pasados en Narbona, bajo el amparo de mi padre y bajo la custodia de la amistad. "Sabes que una vez que cumplí los 16 años, fui unida á Poncio Pilatos, romano de una antigua y noble familia"..... Hacia el fin de la carta, al terminar la narración de los acontecimientos de que fué testigo, Claudia, (ó la apócrifa), agrega sobre el Centurión un detalle que nos es muy interesante, pues tanto así está conforme con las probabilidades históricas que exponemos aquí..... "Encontré al Centurión que presidió á la ejecución de Jesús. Este Centurión, era un veterano encanecido en las guerras contra los Parthos y los *germanos*"..... Se sabe que Germánico había entonces, conducido muy recientemente las legiones de galos á la victoria contra los germanos de Ultra-Rin. La carta de Claudia nos fué comunicada por el amable Secretario del Obispado de Carcasona, el Señor Canónigo Guilhom, al que tenemos el placer de repetir aquí las gracias.

³ Mommsen *Antig. Romanas*, tomo XIV., cap. I.

Si hubiese sido liberta, Pilatos que era caballero romano, no hubiera podido tomarla por mujer; ¹ simple cliente y no teniendo ella un nombre propio, no lo hubiera querido. Por otra parte, como él no era mas que caballero, ciertamente que no hubiera obtenido su mano, si la hubiese solicitado cuando Tiberio era ya emperador.² Así pues, se casó antes de que Tiberio estuviese en Italia. Y como la principal residencia de éste, durante ese largo período, fué en las Galias, Pilatos que un día debería llamarse «el amigo del César» ³ pudo muy bien ahí casarse con la parienta del futuro emperador. Ya lo véis, si no conocemos el país originario de Claudia Prócula, mas que por una simple leyenda, la misma historia hace á esta demasiado verosímil, para que nos sea posible rehusarle cierto crédito.

A Claudia, debería pues, su marido la alta posición que tenía éste en la Judea. Por lo demás, esto mismo era lo único que podía, por otra parte, autorizarla para intervenir tan osadamente como lo hizo en la Pasión. Es cosa inaudita que una mujer tome sobre sí misma la carga de dictar una sentencia á un magis-

¹ Nos parece difícil admitir, con el R. P. Ollivier, cuya obra sobre la Pasión es notable bajo todo punto de vista, que Claudia proviniese de una familia libertada por Claudio. Los libertos, llevaban, es cierto, el nombre de su patrón, pero sus descendientes no conservaban ese nombre, ni el que tenían cuando eran esclavos. Véase Marquardt: *Vida privada de los romanos*, I, 22, Cfr., C., I., L., VI, 8012, y C. I., L. 582, donde se encuentran designados niños que no llevan ya el nombre tomado del patrón, por sus padres libertos.

² Tácito, después de haber hablado del "orgullo hereditario de la sangre de los Claudios" (Anal. I, 4.) señala á propósito de Druso, el bisabuelo de ese príncipe á Pomponio Attica *simple caballero*, cuya personalidad parece por ese título "desdecir de los Claudios" (Anal., II XLIII.)

³ Juan XIX, 12.

trado superior, en el mismo instante en que éste se encuentra actuando en su tribunal.

Podemos, pues, con todo aplomo, concluir de ese hecho indudable, ¹ puesto que el Evangelio lo ha consignado así en sus páginas, que Claudia Prócula tenía en Jerusalém grande importancia, y que siendo de raza gala debía de ser el centro de la sociedad de las grandes damas galas que se encontraban sin duda á la sazón en la ciudad santa.

Así es cómo, todo un grupo de nobles hijas del Occidente, tales como Juana ² la mujer de Chusas; ³ Berónica, la esposa del opulentísimo tesorero Amator ó Amadour, que se hacía llamar Zaqueo en Jerusalém, se reunían cerca de aquella en una comunidad de mundanas relaciones, de lenguaje y de costumbres.

Magdalena, que no parece haber sido la prostituta, que generalmente se cree, ⁴ sino solamente una mun-

¹ Hecho indudable y también igualmente verosímil bajo el punto de vista de la historia profana. Esos parientes del emperador no se arredraban en nada. ¿Pues acaso no se había visto, algunos años antes, á la mujer de Germánico, Agripina, tomar en ausencia de su marido, el mando de las legiones, impedir así la ruptura de un puente del Rhin y dirigir una arenga á los soldados, al momento que marchaban contra el enemigo. (Tácit., *Anal.* I, 69.

² Una de las que fueron al sepulcro el día de Pascua para embalsamar á Jesús.

³ Otro galo, de Asia, probablemente, como parece indicarlo, las funciones de ecónomo que tenía en casa de Herodes.

⁴ ¿Cómo la rica y respetable familia de Lázaro y de Marta hubiera tolerado la presencia en su hogar, de semejante mujer? Por lo demás las palabras "in civitate peatrix" sobre las cuales se apoya esa opinión injuriosa no significa "cortesana" sino "indevota" ó "pagana". Para los judíos, el pagano era el pecador por excelencia y no había crimen más grande que no ser judío. Por esto es, que, entre ellos, el dictado de "pecador" ó "pecadora" designaba sobre todo al pagano y por atención á la judía cuyas relaciones parecían demasiado paganas. Diferentes pasajes de los capítulos V, VI y VII de San Lúcas, no dejan duda sobre este punto. El epíteto de "pecador" era

dana de costumbres fáciles y de una vanidad estrepitosa, frecuentaba ese centro brillante y alegre. Por su mediación, Jesús y María su Santísima Madre hubieran podido encontrar un círculo de amigos. Mas tarde, las leyendas ya no nos engañarán, cuando nos muestren en Berónica á una amiga íntima de la Virgen María, ¹ y concebiremos, en medio de aquel odio é indiferencia generales, la presencia de ese grupo de mujeres piadosas, más creyentes y más valerosas que los mismos apóstoles, que acompañaron al Calvario é iban después al sepulcro á ver á Aquel del que habían obtenido además, gracias especiales y milagros excepcionales. ²

Y comprenderemos sobre todo, lo que quedaría sin explicación quedando fuera de nuestra hipótesis, por qué aquellas mujeres fueron á residir en las Galias después de la Resurrección del Divino Redentor.

Así, pues, Señores, aunque diversas leyendas hayan atribuido más *pátrias* á Berónica que al mismo grande Homero, la tradición que parece deber destruirlas á todas, es la que la hace nacer en las Galias, en la región de Bazad.

Gregorio de Tours ³ García, obispo de Bazas, ⁴ Ge-

usado como opuesto al de "hijo de Abraham," y todos sabemos, que los hijos de Abraham no eran, en aquella época al menos, gentes que fueran lo contrario de "pecadores" en la excepción ordinaria y general de esta palabra. Es, pues, bajo el sentido de "paganos" y no de "culpables" como es preciso tomar la calificación injuriosa: "amigo de los pecadores" dirigida á Nuestro Señor Jesucristo por los judíos. También le dirían: "Tú eres Samaritano." Nos es pues grato pensar que esos "paganos" de que Jesús ya era el amigo, eran en su mayor parte y principalmente los galos y las galas á los que debemos nuestro origen y nuestra fe.

¹ Luc., VIII, 2, 3.

² L. Dext. an 48

³ *De Gloria Mart.*-I, 12.

⁴ *Baptist., Salvat.*